

No
habrá
sino
ausencias



No habrá sino ausencias

Agustina Caride



Letras del Sur
EDITORA

BUENOS AIRES | ARGENTINA

LETRAS DEL SUR

Caride, Agustina

No habrá sino ausencias / Agustina Caride. - 1a ed. 1a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Letras del Sur Editora, 2022.

142 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-4441-23-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

2022 © Letras del Sur Editora
letrasdelsureditora@gmail.com.ar
www.letrasdelsur.com



ISBN: 978-987-4441-23-2

2022 © by Letras del Sur Editora
Editora: Nora Fabiana Galía
Edición y corrección: Lucía Beraldi

Impreso por Virá | julio 2022

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA/PRINTED IN ARGENTINA

/ uno /

/ dos /

Entro al *Cortázar* con cierta inseguridad, no estoy convencida de empezar con el taller. Hace un año tomé nota de la hora y del bar, aunque nunca llegué; una semana antes mamá se había enfermado. Subo las escaleras, es arriba, me dijo el profesor y avanzo con una mezcla de emoción y vergüenza. Nunca asistí a un taller de escritura, no sé cuánta gente habrá sentada a la mesa, me intimida pensar que el resto sepa lo que hace y no sea como yo, una *amateur*. Te va a hacer bien, me dicen, la escritura es catártica, terapéutica.

En un rincón apartado, están sentados frente a una mesa ovalada y sospecho que no voy a durar mucho. Son todos varones, mayores, y una sola mujer, también bastante más grande que yo, que me sonríe como si ya nos conociéramos de antes o es, seguramente, una complicidad de género.

–Clara, bienvenida –el hombre de la cabecera se levanta, asumo que es Ignacio, el profesor. Me ofrecen asiento, escucho que terminan un tema que fue interrumpido por mi llegada y entonces descubro que las miradas están todas sobre mí.

–Te escuchamos.

Me aterro. Si supiera hablar, no trataría de escribir.

–Hola –dije con un tono bastante idiota.

–Contanos un poco sobre vos.

Siento que soy una alcohólica en medio del círculo con otros alcohólicos que me miran esperando escuchar mi triste historia.

–Me llamo Clara, tengo treinta y dos años y un local de taller de marcos.

No sé qué más podría decir. No soy mucho más que eso. Estudié Artes Combinadas, pero me dedico a la decoración.

–¿Querés hablarnos sobre lo que escribís?

Cuando era chica papá me hacía escribir. Me ponía títulos en un cuaderno y yo desarrollaba el cuento. Pero nada que valiera la pena, tenía doce o trece años, seguramente menos porque a los trece ya me había independizado y escribía relatos cortos, también insignificantes. Gané un concurso, pero no me parece un dato relevante, salí en tercer lugar y ya ni me acuerdo quiénes eran los que lo organizaban.

–Bueno –dije para ganar tiempo– hace bastante que no escribo. Y quería retomar el hábito.

–¿Trajiste algo que quieras compartir?

Ojalá, pero no. Solo tengo una idea, una imagen que nació hace un año, cuando debí empezar el taller, y que no había vuelto a mi cabeza hasta hace unos días, al encontrarme por la calle con una vieja amiga de mamá. Desde entonces, la imagen va y viene, vuelve, insiste hasta el punto en que empiezo a dudar si no es real, si en algún lugar no existe Inés necesitando descubrir su pasado.

–No tengo la historia todavía, solo una escena.

–Bien, por ahí se empieza. Te propongo, para la próxima, que nos traigas aunque sea la descripción de eso que pensaste.

Asiento con la cabeza y disfruto al comprobar que la atención se mueve hacia otro compañero. Por mi espalda escucho un saludo, giro la cabeza y me encuentro con un chico de barba incipiente, no parece tener más de diecinueve años. Está transpirado y se le nota en la cara la carrera que jugó contra el reloj. Sin saludar individualmente se sienta enfrente de mí, recibe las hojas repartidas y se suma a la lectura que me cuesta seguir. Porque a mí, una vez más, me invade la escena de mi personaje. La veo a Inés en su departamento, lista para salir, con las *Nikes* blancas y sus calzas negras, cuando descubre un sobre pasado por debajo de la puerta. Es blanco, rectangular, escrito a mano y contiene un sello sobre el vértice derecho. Lo levanta y, sin abrirlo, lo apoya sobre la mesa.

No es, todavía, el sobre lo que la inquieta (ya nadie escribe cartas), sino el hecho de que va dirigido a ella bajo otro nombre, uno que hacía tiempo nadie la llamaba. Desde que tiene memoria es Inés Latorre, no Julia Lafuente.

Es todo lo que sé y todo es nada. El compañero terminó de leer su historia y yo sonrío para demostrar que me gustó. Después la leo en casa, me digo y no pienso en la historia de mi compañero sino en la carta que recibió Inés.

Abandoné el taller de escritura.

Lo anuncié en el último encuentro sin dar muchos detalles, nada más que tenía un familiar enfermo. Ignacio me pidió que siguiera en contacto y todos asintieron, queriendo saber más sobre Inés. Tenés que sentarte a escribir, me pidió A, que no es solo A, ahora es Andrés.

En el local puse un cartelito de cierre por vacaciones, para cuidar una semana a papá y, tal vez, en el aburrimiento de horas perdidas, pensar a Inés. Quiero subirla al avión, alejarla lo más rápido posible, qué ironía, la llevo lejos para traerla de vuelta. Por que de algo sí estoy segura, cuando las dos enfrentemos lo que dice la carta, Inés va a volver en busca de la verdad.

Hace días vengo dándole vueltas a ese avión, me cuesta imaginar lo que sintieron al subirse. ¿Habrán mirado el aeropuerto, como si ahí estuviera resumida toda la ciudad, incluso la nación? Sospecho que Inés disfrutaba. La novedad llegaba junto al placer de la sorpresa, nunca había viajado en otro transporte que no fuera un colectivo.

Ema, y sobre todo Robert, seguramente se hicieron las preguntas que venían formulando hacía un mes, todas en ese instante, el de poner un pie sobre el avión, que es casi como ya tenerlo en el aire y sentir que al dar el paso, el otro pie pisaría una tierra desconocida. La que abandonaban era hostil e injusta, pero no dejaba de ser propia y eso la volvía, incluso en ese entonces, entrañable. Los imagino descubriendo una Buenos Aires recortada entre las nubes y al asomarse por la ventanilla debieron sentir el último instante de despedida sin saber cómo hacerlo.

Y en medio de la incertidumbre, Inés queriendo verlo todo, preguntando por las calles, tratando de descubrir una geografía nunca vista desde las alturas, proponiendo el juego de encontrar referencias hasta que las autopistas y el mismo río la llevaran a sobrevolar

La Plata y por qué no, su barrio, su calle, su techo y los restos de lo que una vez fue su casa.

Entonces imagino a Robert esforzándose por encontrar un aliado en el silencio y a Ema buscando nuevas distracciones, tal vez el botón para llamar a la azafata, o mostrarle a Inés cómo podía bajar la cortina de la ventanilla, escondida hacia arriba.

Veo sus caras al bajar del avión, permitiéndose el lujo de sentirse turistas. No es imposible imaginar la sensación de abandono que deben haber tenido, a tal punto que en ese entonces no fue Inés la huérfana, sino ellos. Mientras Inés disfrutaba la vida con la mirada del que está de vacaciones, mientras adoraba el desayuno con huevos, frutas y cereales, Ema y Robert percibían esa falta de pertenencia propia de los hoteles. El olor a humedad en las alfombras del pasillo, o a limón artificial en el hall de entrada.

Fue al tercer o cuarto día cuando Ema entró una tarde al hotel y se puso, frenéticamente, a cambiar los muebles de lugar para sentir en ese mono ambiente con baño, la calidez de hogar que necesitaba. Sobre una repisa, donde había un viejo televisor, ella puso los pocos libros que se habían llevado; una botella de vidrio con tierra de distintos colores y una caja de madera tallada por las manos de Robert. Debajo del estante había un escritorio pintado de negro para disimular la mala calidad y ella lo corrió frente a la única ventana que miraba hacia afuera.

—Para que Inés tenga mejor luz cuando se siente a pintar —explicó mientras pedía ayuda con la mudanza, porque los huesos empezaban a dolerle.

También corrió la cama de Inés hacia el lateral de la ventana, de esa forma su sobrina tendría un rincón propio donde distraerse con lo poco que llevaba que no era nada: Carlotita y el libro que la madre le estaba leyendo. Ema no pudo nunca terminar de leerse, por falta de valentía, pero sobre todo porque, cuando intentaba abrirlo, una angustia se apoderaba de ella, obligándola a encerrarse otra vez en el baño. Nunca supo si Inés, cuando aprendió a leer, lo terminó sola. Pero sospechó que, como todo, sería parte de ese mundo al que uno, por más que quiera, no puede regresar.

–Se acabó el sueño de volver a corto plazo –era la frase predilecta de Robert.

–Sonreí, aunque sea por Inés –era la frase preferida de Ema.

No era el clima o los olores lo que a él le recordaba que no estaba en Buenos Aires, sino el saber que a pesar de caminar tranquilo, extrañaba la Plaza de Mayo, el murmullo en las calles, el diario comprado en el puesto de la esquina de Pichincha y San Juan. Extrañaba llegar al galpón, sentir el frío y la humedad bajando desde la chapa del techo, prender la estufa sabiendo que sería cuestión de minutos entrar en calor, con el ruido de las máquinas, con el café humeando, el diario a medio leer y la radio prendida esperando que la cadena nacional anunciara finalmente una buena noticia.

En México ya había conseguido trabajo. No era algo fijo, tallaba en madera artesanías que se vendían en los mercados, pero por el momento les alcanzaba para darles de comer. En los diarios las noticias eran buenas, pero ajenas, muy de vez en cuando una nota hablaba de la Argentina, sobre todo entonces que la euforia del mundial ya había terminado. Al cruzar la avenida del Paseo de la Reforma miraba siempre el monumento de Cuauhtémoc sabiendo que lo observaba con ojos de turista. Le impactaba no tanto el trabajo de los bajos relieves, sino la devoción del pueblo mexicano, el lugar en donde lo habían colocado, en el cruce de dos arterias tan principales para la ciudad. No estaba en el punto más alejado, cayéndose del mapa sino en el corazón donde el país llevaba a sus ancestros. Igualmente él no disfrutaba del recorrido ni de las comparaciones.

Sonreí, le pedía Ema, aunque sea por Inés. Y él lo hacía por la sobrina, por la felicidad que veía en sus ojos cuando en alguna feria le mostraba las estatuillas talladas por él.

–¿En serio tío? ¿Esta la hiciste vos? –era un Quetzalcóatl en miniatura, sin cuerpo. La cabeza de la serpiente perfectamente trabajada, los dientes en punta y afilados saliendo por la boca abierta, como si estuviera dando un grito de guerra.

–¿Qué es?

–Una serpiente emplumada.

Iban de la mano recorriendo los puestos. Era sábado, Ema se había ido al Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino, tenía una entrevista de trabajo y les había encargado fruta y verdura para evitar la comida en restaurantes.

—¿Y por qué emplumada?

Robert suspiró antes de empezar a explicar, pero al ver la cara de su sobrina, expectante y orgullosa con la artesanía en la mano, no pudo evitar sentir él también un extraño placer. Inés lo miraba admirada, su tío no solo era un artista, sino que además sabía todo sobre esa imagen que debía ser ajena y, sin embargo, comenzaba a cobrar un complejo sentido de correspondencia.

—¿La podemos comprar?

—Te hago otra, para vos.

Robert puso la excusa del costo, del dinero que tenía para las frutas, de la facilidad con que él podía hacerle lo que quisiera: un caballito, una casa, una estancia entera con vacas, chanchos y molino. Pero Inés rogó por el Quetzalcóatl y lo que no entendió Robert fue que su sobrina estaba lejos de pertenecer a México, sino que en aquella adquisición, lo compraba a él. Fue su primer juguete en territorio extranjero y cada vez que el tío la veía jugando o pasearse con la serpiente bajo el brazo repetía la frase del sueño perdido, con una tristeza que no se comparaba a la que sentía cuando abría el diario y leía la noticia que confirmaba el peligro de volver.

Sin embargo, no fue en la feria cuando Robert entendió que vivía en el exilio sino después, cuando Ema entró a la habitación del hotel con la noticia no solo del trabajo que le habían ofrecido, sino con la oferta de un departamento que les alquilarían a un muy bajo costo.

—Lo ofrece el Comité —su mujer estaba radiante por primera vez en meses. Hacía cuentas, calculaba tiempos, sonreía con una sonrisa genuina.

—¿Te das cuenta? —le decía mientras acomodaba ropa en el único placard del hotel—. Inés va a tener su cuarto propio.

Entonces Robert supo, sin lugar a duda, que no habría vuelta atrás.

Inés está de pie en la mitad de su departamento, con la carta en la mano. La tengo inmóvil mientras calculo sus próximos pasos, con el mismo gesto de obediencia que mantuvo durante los últimos meses solo que ahora con cierto aire de satisfacción. Sabe que deja de ser una estatua olvidada y perdida en un pueblo alemán, sin conciencia ni vida ni memoria, e invisible. Presiente que ya no es de noche, que al mirar por la ventana no verá las mismas fachadas lisas y borrosas, no por la falta de luz sino porque todavía no fueron pensadas sus molduras, sus contornos, la pintura que las define, así como no fueron descritas las alturas ni el cielo que las recorta.

Sobre la cama está la valija lista. No fue difícil elegir lo poco que va a traer, que no es más que lo que siempre tuvo: las calzas clima *cool*, las zapatillas *Nike Air* en tonos verdes porque ahora sabe que nunca le gustó el rosa, dos jeans, dos musculosas porque intuye que al llegar se irá despojando de sus viejas ropas, del peso de tantos inviernos corriendo junto al Main.

Cuando está por cerrarla, a último minuto, duda si no debe meter también los otros objetos, aquellos que, a pesar de negarlos, sabe que yo voy a querer verlos entre sus cosas: la foto de sus padres, la notita de la madre explicando cómo debía ser su merienda, el libro de tapa dura y colorida que, junto a Carlotita, son los primeros testigos de su historia. Ellos son, sabe que yo voy a decirle, la marca de su vida cuando su familia no solo estaba viva, sino que empezaba a existir.

En la espera observó alrededor: Garfield lamiéndose las manos, los cactus sobre el alfeizar de la ventana y entonces siente por primera vez placer y orgullo por su conquista y al mismo tiempo la desazón de no saber cuál va a ser el destino de aquel mundo finalmente logrado. Por un instante tiene miedo de que al cerrar la puerta todo se desvanezca, pero es solo un segundo porque inmediatamente surge en ella

la esperanza, no sabe bien en qué. Si en mí, si en la construcción de su futuro, si en la ilusión de completar su historia, de volver a pisar un suelo que desconoce y del que solo fue dueña de a ratos, no por la falta de recuerdos sino por la imaginación que yo había invertido en su infancia, permitiéndole pensar cómo sería su casa, reproduciendo su cuadra y dándole a La Plata una ubicación y un espacio en el aire, sin ningún contacto con la realidad.

Y entonces, como quien logra tener la conciencia tranquila, Inés espera porque sabe que finalmente hoy voy a empezar a contarla.

ÍNDICE

uno_13

dos_83

Este libro se terminó de imprimir
en julio de 2022
en la Ciudad de Buenos Aires,
Argentina

